

Identidades, familias y poder*

Victor Seidler

Identidades

* Traducción de Victoria Linazasoro

¿Acaso los jóvenes piensan en ellos mismos como “adolescentes” o es un nombre que otros les han asignado? ¿De dónde surge este término? Y, ¿tiene las repercusiones de una etapa fija con las mismas características de crecimiento físico y emocional y que marca la transición entre la infancia y la edad adulta? ¿Acaso esto la hace una etapa de transición, una fase liminal en la que de alguna forma los jóvenes se encuentran atrapados en su camino hacia la vida adulta? ¿Es esto lo que le permite fácilmente a los adultos decirles a los jóvenes que por lo que atraviesan es “sólo una fase” y que pasará antes de que se den por enterados? Esto nos indica que puede tratarse de un periodo que puede ser complicado y lleno de dudas, especialmente para los adultos, quienes pueden encontrar muy difícil relacionarlo con sus hijos “adolescentes”. Los adultos creen con frecuencia que la gente joven está “fuera de control” y sienten que han perdido el contacto con la persona que ellos conocían, quien podría haberse vuelto asertiva, exigente y que no se comunica.

En la Gran Bretaña, hay una comedia en particular escrita por Harry Enfield, que ha llegado a simbolizar esta fase de la vida a

través de los personajes Kevin y su compañero Perry. Ellos existen en un espacio propio completamente ajenos a las responsabilidades y expectativas de la edad adulta.

Los primeros años de la adolescencia pueden ser difíciles de superar, ya que los jóvenes atraviesan por cambios físicos y emocionales. Llega el momento en el que ya no se experimentan en sí mismos en relación con sus padres, sino como “individuos” en su propio derecho. Ya no son el hijo o la hija que se sienten felices al definirse a sí mismos en relación con la familia. Se resienten al ser tratados como niños, porque como adolescentes saben que ya no son niños. Quieren que se les den responsabilidades, pero, al mismo tiempo, pueden estar tan absortos en sus propios procesos interiores, que se retirarán del mundo social y de la familia contra el cual están aprendiendo a definirse. Quieren saber “quiénes son”, lo cual puede significar el rechazo a la forma en la que los demás los definen dentro de la familia y un periodo de intensa experimentación por medio del cual ellos exploran lo que necesitan y quieren para sí mismos. A cierto nivel saben que no son adultos y que en realidad no quieren formar parte del mundo adulto. Más bien están interesados en definir sus propios valores y creencias por sí mismos.

Éste puede ser un periodo de emociones y deseos intensos, debido tanto a los cambios hormonales como de sus cuerpos. A veces puede ser difícil vivir con estos altibajos de humor. Aún puedo recordar la emoción tan intensa que sentía cuando tenía alguna relación y lo aplastante que era cuando esta relación terminaba. Creía que el mundo se había acabado y que nunca me volvería a enamo-

rar. Probablemente tenía catorce años en ese tiempo, pero el futuro no contaba, ya que yo vivía inmerso en las intensidades del presente. Los apegos y las relaciones emocionales eran absorbentes, ya que rara vez las compartía con mis padres que vivían en un mundo diferente. Nunca pensé que fuera posible compartir mis emociones con ellos y más tarde me escandalicé al descubrir que algunos padres de hecho hablaban con sus hijos. Mis padres que habían llegado a la Gran Bretaña como refugiados, huyendo de la Europa controlada por los nazis, habían crecido en un mundo muy diferente al mío. Aunque mi madre podía ser comprensiva y estaba abierta a que vinieran amigos a visitarnos, no me imaginé que podía compartir con ellos lo que me estaba pasando.

Fue a través de la familia que encontré un orden de género muy particular, ya que mi madre trabajaba e insistía en conservar el poder dentro de la familia, aunque difería de una manera ritual con la forma de pensar de mi padrastro, y esto tenía una complejidad muy particular. Mi madre había experimentado pérdidas considerables en su vida y tras la muerte de mi padre ella no quería arriesgarse de nuevo. Estaba preocupada por darles a sus hijos un padre, debido a que en la década de los cincuenta había un fuerte estigma hacia los niños que crecían sin padre. Pero ella quería hacer esto de una manera en que no tuviera que ceder su propio poder. Más bien se preocupaba por proteger a sus hijos y algunas de las riñas que experimentamos sucedieron cuando sentía, alguna vez de manera irracional, que los intereses de sus hijos estaban siendo atacados de alguna forma. Pelearía como una fiera para de-

fendernos y su ira podría estar fuera de control con frecuencia. Como niños, a menudo estábamos aterrorizados al presenciar estas horribles escenas de ira. Todo lo que queríamos era que dejaran de pelear y sentíamos la terrible injusticia de las humillaciones de su marido. Ella echaría mano de cualquier poder que tuviera y frecuentemente en total desproporción con la situación, mas cuando queríamos intervenir bañados en lágrimas, nos decía: “no es de su incumbencia”.

Desde entonces supimos cuán destructivas pueden ser las emociones cuando están fuera de control; creo que de adolescentes éramos más controlados con nuestras emociones. Sé que con la complejidad de las relaciones en el seno familiar, aprendí a distinguir las diferentes corrientes de la vida emocional.

De alguna manera, me era más fácil interpretar lo que les estaba pasando a mis amigos emocionalmente, que decir de una forma más directa lo que me estaba pasando emocionalmente. Al reflexionar en el pasado, había en mis relaciones de tipo emocional una profundidad e intensidad tal, que también me daban un mundo diferente al que podía escapar. Éste era el mundo en el que yo quería vivir, mientras que en diferentes formas me sentía ausente en mi familia. Desde que mi mamá se casó y Leo se fue a vivir con nosotros, sentí que me colocaba en una posición al margen de la familia. En verdad, no sentía que podía pertenecer a este nuevo arreglo ni tampoco compartir la necesidad de tener un nuevo padre que mi hermano mayor sentía. Respondíamos a la nueva situación familiar de diferentes maneras, y esto nos muestra una complejidad

que establece diferentes condiciones para nuestra experiencia como muchachos adolescentes. Aunque pertenecíamos a la misma familia, teníamos necesidades y aspiraciones diferentes.

Mientras nos movíamos entre la familia y la escuela, le dábamos forma a nuestras identidades de diferente manera. Yo era más sociable, por lo menos en la superficie, y también me iba mejor académicamente en la escuela. Pero para Johnny, mi hermano mayor, parecía que las cosas estaban en contra. Cuando fuimos a escuelas diferentes, tuvimos que lidiar con realidades diferentes. Yo aceptaba las disciplinas de la escuela y usaba mi intelecto como una forma de establecer una identidad en la escuela. Ya que existía una inquietud hacia el judaísmo, en el sentido de que si se comprometían las identidades de los hombres, había una presión para probar que éramos “lo suficientemente hombres” al observar a otros muchachos e imitando lo que se esperaba que se imitara. En la escuela había un equilibrio incómodo entre los deportes masculinos, que afirmaban de una manera más fácil, y la precaria masculinidad de los que rendían bien académicamente. Algunos muchachos podían probarse a sí mismos en ambas esferas y con frecuencia se les otorgaron prioridades. Sin embargo, no había una masculinidad dominante en particular o una “hegemonía”, ya que se encontraban separados por relaciones de clase, “raza” y grupo étnico al que pertenecían. Algunos eran más estigmatizados que otros.

Si bien había espacios diferentes en los que se podía afirmar la masculinidad, también había una tensión entre la experiencia interior como joven y las masculinidades a través de las cuales sen-

tíamos que teníamos que probárnoslo a nosotros mismos. En la década de los cincuenta, con las imágenes de Charles Atlas en los periódicos, había un sentido de que los “verdaderos hombres” no tenían un cuerpo “raquítrico” ni había lloriqueos que pudieran mostrar su vulnerabilidad y sus emociones a los demás. Como muchachos hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para mejorar nuestros cuerpos; mientras que leíamos acerca de masculinidades heroicas en las historietas de moda, de aventuras, como “los famosos cinco”, la que tenía y trataba de extender la promesa de proveer formas de masculinidades imaginarias. Éstas eran fantasías con las que nos podíamos identificar, aun cuando tuvieran muy poca relación con las realidades de la vida diaria. De alguna manera, estas fantasías establecieron estándares con los que nosotros mismos nos juzgábamos y nos encontramos deseosos de ser como ellos. Si no hubiéramos querido “ser como” los personajes que leíamos, ellos establecieron los estándares que no fueron seriamente cuestionados hasta la llegada del feminismo.

Familias

La idealización del núcleo familiar, con el padre trabajando y la mamá dedicada al cuidado del hogar y de los hijos, todavía tenía un poderoso estatus mítico en los años cincuenta. Si tu familia no encajaba con esta imagen, como nuestra familia sin padre, entonces aprendías a “guardar silencio” sobre este asunto en particular. Algunas veces fingías que había un padre en casa. Querías que tu

familia fuera normal y había un fuerte discurso acerca de la normalidad, que estuvo mucho tiempo en boga hasta que en los años sesenta se le empezó a cuestionar. Si tu familia no era “normal”, querías que lo fuera y de forma inconsciente podías culpar a tus padres por ello. El divorcio y la separación que se volvieron tan comunes en 1980 y 1990 en muchos continentes, todavía era estigmatizado cuando yo crecí en el noroeste de Londres en los años cincuenta. Era muy difícil para las mujeres educar a sus hijos ellas solas. A veces, las parejas las veían como amenazas y por este motivo no las invitaban a las reuniones sociales. Con frecuencia se veían forzadas a vivir en relativo aislamiento. En diferentes comunidades étnicas, la pareja tenía que continuar unida, y si no encajaba con el patrón de relaciones previamente establecido, podías sentirte excluido.

Sin embargo, ha habido una transformación radical en el significado de “la familia” en donde la normalización de una particular forma de relaciones familiares se ha cuestionado ampliamente a través de diferentes culturas. En parte, esto está relacionado con el incremento del divorcio y la separación, pero se tiene que entender también en el contexto de que las personas piensan diferente acerca de los asuntos de género, sexualidad y poder. Esto está relacionado con el cuestionamiento del movimiento de las mujeres de los años setenta y de las formas en que se le vinculó a patrones de cambio más extensos dentro del mercado laboral. Las mujeres jóvenes ya no estaban dispuestas a someterse a los hombres y no aceptaron que tenían una responsabilidad biológica determinada para el

cuidado de los niños y el trabajo doméstico. Al aprender sobre el cuestionamiento del feminismo, aun sin identificarse con los movimientos mismos, sentían que si trabajaban y aportaban dinero dentro del seno familiar, tenían que compartir la responsabilidad para el cuidado de los niños y del trabajo doméstico. Pero para ellas estaba claro también que si sus compañeros no estaban preparados para entrar a una forma diferente y equitativa de contrato de género, entonces ellas estaban listas para abandonar la relación y vivir solas.

Las mujeres habían aprendido que la relación tenía que funcionar para ellas o, de no ser así, no permanecerían en ella. Ya no aceptaban que tenían que continuar una relación con tal de que pudieran decir que tenían una. Reconocieron que tenían deseos sexuales y necesidades emocionales propios y si sus parejas no los conocían, ya no podían ver una razón para quedarse. En lo que concierne a los hijos, las decisiones eran más complejas, pero las personas ya no sentían que tenían que permanecer unidas para siempre por el bien de los niños. Si ya no había amor en la relación y si había enojo y hostilidad constante, entonces podría ser mejor separarse. Ésta no es una decisión fácil de tomar, pero también estaban conscientes de cómo sufrían los hijos en donde no hay amor ni comunicación.

Al entrevistar a hombres jóvenes que crecieron en los años cincuenta en la Gran Bretaña, queda claro que sentían con frecuencia que su futuro estaba trazado para ellos. Si tenían más sentido de sí mismos como adolescentes del que tuvieron sus padres, por

haber tenido más dinero propio para gastar y más tiempo para sí mismos, tenían la idea de que se casarían si eran heterosexuales y poco después podrían tener hijos. Como las identidades masculinas estaban ligadas a un trabajo asalariado, el llevar a casa el primer pago se marcaba como signo de hombría en las familias dentro de la clase trabajadora; también estaba relacionado con ser padre. Como padre un hombre dejaba afirmada su masculinidad. A menudo, esto venía después de un periodo del servicio militar nacional o con el ejército que era otra forma en la que los jóvenes afirmaban su identidad masculina. Esto les producía un nivel de seguridad en relación con la identidad masculina que una generación que creció después de una guerra no iba a experimentar de la misma manera. Al nunca haber luchado por su país podían sentir que todavía tenían que probar su identidad masculina que nunca había sido probada de manera apropiada por medio de la guerra.

Así que cuando pensamos en los jóvenes, estamos pensando acerca de condiciones en particular, que se comprometen de manera histórica con el mundo social. Pueden llevar consigo diferentes expectativas de sus padres y distintas ambiciones propias, dependiendo de las culturas y sociedades en que crecieron. Si de joven viviste en el Chile de Pinochet, en los años después del sangriento golpe de Estado en contra del gobierno de Unidad Popular de Allende, las sombras del pasado ensombrecen tu vida. Hubo preguntas que aprendiste a no hacer y silencios que te sentiste obligado a respetar. Hombres jóvenes compartieron cómo al cerrarse el espacio público se produjo una intensificación de su vida emocional

interior y del significado de la pornografía como una forma de explorar sus identidades sexuales. Ver videos con los amigos creó un espacio privado de exploración que enseñó acerca de los deseos, de los que no se puede hablar en público. Al ver los videos en secreto había un reconocimiento de los deseos, de los que de otro modo no se les podía nombrar. Al mirar atrás, los jóvenes insisten en su significado, a pesar de las degradantes imágenes de las mujeres.

Escuchar

¿Es difícil para los padres escuchar a sus hijos adolescentes porque a los adolescentes no les interesa compartir sus ideas y creencias con ellos? ¿Hay un abismo que divide a las generaciones, por lo menos por un lapso, porque no hay un lenguaje común que permita expresar las diferencias? Si reconocemos que los jóvenes encuentran el mundo de los adultos dentro de contextos especiales históricos y culturales, también tenemos que reconocer que durante un tiempo por lo menos a ellos no les interesaba comunicarse con el mundo adulto, al que en gran parte rechazaban. A diferencia de una generación anterior de muchachos y muchachas, no se sienten tan seguros de lo que el futuro les depara. Podrían tener una vaga idea de lo que ellos esperan de una relación de pareja, pero un matrimonio en el futuro o la idea de ser padres ya no tiene el mismo interés en sus vidas. Reconocen que el futuro está abierto para ellos, incluso si la economía globalizada y el declive de las industrias tradicionales ya no es el trabajo seguro que sus padres podían

haber dado por hecho. El futuro más bien se presenta a sí mismo como un tiempo de riesgo e incertidumbres.

Como jóvenes, con frecuencia empiezan a explorar con sus propios deseos e identidades. Están en la búsqueda de un tipo diferente de intimidad que les permita sentirse vulnerables y en intimidad. A menudo, a diferencia de la política sexual de los años setenta, los jóvenes no quieren que se les defina o se les catalogue como derechos o gays o bisexuales, en relación con su sexualidad. Ya no creen que sea un problema que de alguna manera tenga que ver con su experiencia dentro de las categorías preexistentes. De manera similar, los jóvenes ya no tienen el mismo tipo de creencia segura de que hay formas de familia preexistente y que sólo es cosa de escoger la forma que te acomode. Más bien hay un reconocimiento extendido dentro de las culturas urbanas posmodernas de que el individuo tiene que explorar su propio cuerpo, deseos y sexualidades. Es a través de esta autoexploración con la que ellos podrían negociar una relación de pareja para satisfacer sus deseos y sus necesidades. Aprecian que esta negociación implicará un compromiso y respeto de las necesidades de los demás como ellos los definen.

Dentro de estos cambios en el mundo, ha habido una pérdida de comunicación entre las generaciones. Con frecuencia los adultos piensan en la “adolescencia” desde el punto de vista de una experiencia de adulto, así que a los jóvenes se les define a través de lo que a ellos les falta, concretamente las responsabilidades de adulto. Hay una conciencia extendida de que las nuevas tecnolo-

gías y el internet significan que los jóvenes se comunican entre sí por medio de diferentes tipos de realidades virtuales. Hablan y se escuchan uno al otro más allá de los límites del estado. Comparten sus propios medios de información y a menudo son escépticos acerca de lo que los adultos tienen que decir, a sabiendas de que están creciendo en un mundo radicalmente diferente en el que la experiencia del pasado parece tener menor peso. Con las incertidumbres del mundo globalizado, los jóvenes pueden sentir que sus padres tienen poco que enseñarles. Podrían sentirse más abiertos acerca de las diferencias raciales, étnicas y homosexuales, aunque en cuanto a esto también pueden reproducir intolerancias como en generaciones pasadas. Esto es especialmente cierto de los jóvenes que todavía pueden definir su identidad masculina a través del rechazo a la vulnerabilidad y a las emociones consideradas como “femeninas” y tan relacionadas con un callado miedo a la homosexualidad.

El discurso homofóbico con frecuencia es una forma de auto-protección, dado que la identidad heterosexual se establece con frecuencia a través de un rechazo interior del deseo homosexual. Es a través del rechazo a la “suavidad” que los jóvenes todavía afirman su identidad masculina heterosexual. Así, podemos reconocer que la homosexualidad no es sólo una opción sexual más para agregarse a otros espacios, sino que es parte integral en la construcción de la dominante heterosexualidad. Sin embargo, dentro de los entornos urbanos parece ser que existe una gran disposición para escuchar más allá de los géneros y sexualidades. Pero esto no

puede decirse tan confidencialmente en relación con las diferencias étnicas y raciales. Más bien, se enfocan sobre los problemas de diferencias de género que pueden funcionar para acallar una conciencia de etnias y razas diferentes. En Chile esto es evidente en relación con el dominante grupo indígena mapuche. Mientras que existe un reconocimiento de una identidad chilena y una amplia cultura mestiza, existe el rechazo a la herencia indígena en el presente. Esto es muy diferente a México, en donde la población generalmente clama que todo el mundo es mestizo y existe una glorificación de la cultura azteca en el pasado, también existe el rechazo a las diferencias étnicas y raciales en el presente. A las personas no les gusta que se les recuerde que la mayoría de quienes sirven en los restaurantes tienen la piel más oscura.

Con frecuencia las personas crecen dando estas diferencias por hecho, ya que reflejan relaciones dentro de sí, por ejemplo, la familia de clase media, en donde las sirvientas que provienen de extracción indígena cocinan, hacen la limpieza y cuidan a los niños. A menudo existen relaciones emocionales ambivalentes, ya que los jóvenes con frecuencia rechazan su relación con las mujeres que los cuidaron. Así que necesitamos ser cuidadosos para especificar a quién se le escucha y en qué circunstancias culturales se le escucha. Algunas veces los jóvenes sienten que ellos “lo saben todo” y que no tienen que escuchar a nadie. Años más tarde podrían lamentar el no haber escuchado más.

El poder y la autoridad

Con frecuencia, los jóvenes se resienten cuando se les dice qué pensar. También quieren ser escuchados y quieren pensar por sí mismos. Insisten sobre la libertad que el mundo adulto por tradición no les ha brindado. Quieren un espacio y tiempo para sí mismos para poder explorar sus necesidades y deseos individuales y colectivos. Esto ya constituye un reto para las formas tradicionales y patriarcales de la autoridad familiar. Los jóvenes ya no están dispuestos a respetar a sus padres sólo por la posición que ocupan. Más bien insisten en que el respeto se debe a que las personas se comportan de determinada manera. Han cuestionado la forma paternalista británica en donde los hombres decían: “Haz lo que hago, pero no lo que digo”. Ésta es una forma de obediencia que ya no tiene vigencia, ya que los jóvenes detectan la hipocresía que se niegan a tolerar. Todavía quieren estar cerca de sus padres y con frecuencia están preparados para pagar el precio, pero también quieren que cambien sus padres para acercarse a ellos.

Una cultura posmoderna reconoce la crisis en las formas jerárquicas de respeto. Los jóvenes ya no están preparados para aceptar las culturas de deferencia que sus padres daban por hecho. Se ha extendido una ética igualitaria dentro de la amplia cultura del consumismo que alienta a los jóvenes a reconocerse a sí mismos como ciudadanos iguales, como portadores de derechos y obligaciones. No es que no quieran creer en las autoridades, sino que han cues-

tionado a las autoridades tradicionales que esperan ser obedecidas sin cuestionar.

Quieren saber quién habla y con qué autoridad. Cómo se ganaron su posición de autoridad y con qué autoridad hablan en relación con sus propias experiencias. Tienen dudas del tipo de autoridad que se consolidó a través de la relación especial entre la dominante masculinidad blanca de Europa y el proyecto de modernidad como progreso. Esto le permitió a la masculinidad dominante hablar con la objetiva e imparcial voz de la razón. Ésta era una voz impersonal que hablaba de ningún lado en especial, pero que asumía una enorme autoridad en relación con la otra colonizada que era considerada incivilizada o primitiva.

Un discurso de masculinidades hegemónicas no ha cuestionado a esta voz, impersonal e imparcial, pero la ha hecho propia dentro de la teoría de la masculinidad como una práctica social en medio de otras prácticas sociales.

En el documento de consulta sobre la masculinidad de Bob Connell, tenemos una identificación implícita entre los hombres y la masculinidad que hace difícil para ambos explorar cómo han crecido los hombres en relación con las masculinidades especiales y también la tensión y la inquietud que los hombres sienten en relación con las masculinidades ya existentes. En las MASCULINIDADES no sólo asume una identificación, sino que todavía piensa en las masculinidades como encerradas dentro de relaciones de poder con los otros, cada uno. Más que hablar desde una posición en particular, encontramos a Connell invocando una voz impersonal

de un racionalismo objetivo que él evita cuestionar. Si hay espacio para los cuerpos y la vida emocional dentro del marco teórico, éste es tan subjetivo como las consecuencias de las estructuras objetivas. Esto lo hace particularmente difícil para explorar las contradicciones en su experiencia de hombre y las transiciones que pasan durante sus años de adolescencia. Está encerrado más bien en un pensamiento acerca de las confrontaciones diversas que los jóvenes tienen en relación con el mundo adulto.

La teoría estructural de Connell permanece dentro de los términos de una modernidad que por sí misma clasifica dentro de los términos de una masculinidad blanca dominante. Al exponer los términos de un marco teórico que se establece sólo a través de la razón, hay poco espacio para escuchar las voces de los jóvenes mismos. Más que una diferencia que establece entre la vida emocional como “terapéutica” para contrastarla con la “política” que se considera exclusivamente en términos estructurales, asume una posición de autoridad que fácilmente funciona para desairar las voces de los jóvenes que de otra forma también quisiera escuchar. En forma más precisa, no hay espacio para un diálogo en el que los jóvenes puedan explorar sus relaciones complejas con las masculinidades complejas. Ni tampoco hay espacio para que ellos puedan desafiar a las relaciones tradicionales de autoridad dentro de la familia, en donde se espera que escuchen y obedezcan más que oírse y respetarse a sí mismos.

Dentro de la visión jerárquica de respeto, se le debía obediencia a aquellos que estaban en una posición de poder. Dentro de las

relaciones más democráticas de familia, el respeto se gana a través de la experiencia y el comportamiento. A los jóvenes les preocupa la cuestión de las jerarquías, incluyendo las jerarquías de las masculinidades, las cuales cierran el diálogo y la comunicación. Ellos no quieren que se les diga lo que tienen que hacer, lo que tienen que creer, sino que insisten en la libertad para obtener sus propios resultados en cuanto a sus creencias y valores.

Quieren espacio para sus propias relaciones y quieren que sus padres los apoyen sin esperar demasiado a cambio. Esto puede resultar difícil de aceptar por los adultos. Sin embargo, si queremos cuestionar a las grandes narrativas de la modernidad, incluyendo a aquellas enmarcadas en términos de las masculinidades, tenemos que abrirnos para escuchar lo que los jóvenes tienen que decir. Tenemos que reconocer que no son necesariamente desafiantes todas las formas de autoridad o la autoridad establecida en contraste con la libertad. Más bien lo que quieren son “buenas” autoridades que no se basen en la obediencia de aquellos que han sido obligados a guardar silencio.

De manera similar, pueden reconocer la necesidad de disciplina en sus propias vidas, pero cuestionan las formas de obediencia que se espera que sean automáticas. Quieren tomar parte en la formación de los nuevos estilos de las relaciones íntimas y familiares. Reconocen que los modelos que heredamos del pasado ya no le dicen nada al presente que vivimos. Quieren el respeto y la confianza de sus familias, sabiendo que necesitan tiempo y espacio para explorar sus propios valores y creencias. Si éste es un tiempo en el que los jóvenes toman riesgos, también es un tiempo en el que exi-

gen honestidad y rectitud de aquellas personas que podrían trabajar con ellos.

Los jóvenes quieren ser capaces de ejercer el poder sobre sus propias vidas. Han crecido con relaciones de género más equitativas tanto en el hogar como en la escuela, y están menos preocupados con los problemas de igualdad de género que la generación pasada. Como las mujeres jóvenes son escépticas al identificarse a sí mismas con el feminismo, en parte porque no quieren limitar las oportunidades abiertas a ellas; así los hombres jóvenes están menos preocupados con la relación entre los hombres y el feminismo de lo que están acerca de cómo vivir unas vidas significativas y abiertas como hombres. Quieren explorar “en dónde están” sin el moralismo que todavía persigue mucho al feminismo, así como las visiones de Connell sobre las “masculinidades hegemónicas”. Al mismo tiempo esto tendrá una especial atracción en América Latina, por ejemplo, en donde hay tanta distancia social entre los intelectuales radicales y los movimientos sociales con que también se relacionan. En este contexto es más fácil desairar a los grupos de hombres que se preocupan exclusivamente de mejorar las vidas personales de los hombres, mientras que la única preocupación del feminismo es “cambiar al mundo”. Encontramos ecos de un marxismo sin reestructurar, que todavía se tiene que replantear de manera lo suficientemente profunda, sobre su relación con un proyecto de modernidad masculina.

Como jóvenes, no quieren ser identificados con el poder que tienen en relación con las mujeres, porque saben que en muchas

áreas de sus vidas se experimentan por sí mismos alejados del poder. No quieren vivir las masculinidades de una generación anterior, sino que quieren explorar “lo que significa ser hombres” en sus propios mundos. No quieren tener que negar su amor, calor y ternura para vivir una visión de masculinidad que ya no parece verdadera para su propia experiencia y sus posibilidades.